

La puerta por la cual debíamos salir es la que los paduanos llaman el *Portello*. Hasta la puerta fuimos acompañados por muchísimos de ellos, en su mayor parte personas de distinción, que entremezcladas con los soldados y marchando del brazo con ellos, sostenían una conversación animada, afectuosa, rápida y cortada, por lo mismo que á las expansiones del primer entusiasmo, que sólo con lágrimas y con exclamaciones lograba expresarse, había sucedido una verdadera necesidad de desahogarse por medio de palabras, de preguntas, de protestas y de cortas interrupciones durante las cuales se miraban en el rostro los unos á los otros cual si intensamente quisieran conocerse, sonriendo cual si quisieran decirse: — ¡De manera que es realmente un soldado italiano el que llevo del brazo! — ¡De suerte que en realidad nos encontramos entre esos buenos paduanos! — Y al llegar aquí, un nuevo apretón de manos y una recíproca sacudida en el brazo, que quería decir: — Estás aquí: te siento: no te dejo escapar.

Durante la media hora que se había empleado en atravesar la ciudad se habían hecho muchas amistades; se habían cambiado muchas promesas de escribirse; se habían formado numerosos propósitos de volverse á ver al regresar, y establecido convenios, y notado en las carteras los nombres y las direcciones. — ¿Usted me escribirá el primero? — Yo el primero. — ¿En cuanto llegue al campamento? — En cuanto llegue. — ¿Me lo promete usted? — Se lo prometo. — Y otro apretón de manos, y otra sacudida en el brazo.

Y andando, andando, al paso que el regimiento se acercaba á la puerta, los diálogos se hacían más expansivos y afectuosos; más expresivos los ademanes, más animada la expresión en los rostros, y se repetían los vivas y los gritos que hacía un rato habían cesado, y los soldados comenzaban de nuevo á perder la formación, hasta tanto que, llegado que hubimos á la puerta, se detuvo el grueso de la gente. Ya allí, no hay para qué decirlo, pues fácilmente puede com-

prenderse: una confusión, un griterío, un abrazarse, un besarse, un desprenderse de los brazos del uno para lanzarse en los del otro, y de éste en los de un tercero, y un continuo cambiarse de palabras y saludos y fervientes deseos y cariñosas bendiciones. Por último, el regimiento dejó detrás la puerta, y se dispuso en orden de marcha en dos filas á derecha é izquierda del camino. Durante un rato los soldados volvieron á mirar hacia la puerta junto á la cual la apiñada muchedumbre seguía saludándonos agitando los pañuelos y prorrumpiendo de cuando en cuando en adioses y vítores. Pero comenzó á oscurecer; al cabo de breve tiempo nos era difícil distinguir á los que nos habían acompañado; cesaron los gritos; los soldados volvieron á marchar con el orden debido, y los oficiales, que antes caminaban formando grupos, volvieron á sus puestos respectivos.

Hacía muchas horas que caminábamos: antes de llegar á Padua estábamos ya rendidos de cansancio y marchábamos lenta y desordenadamente, y sin embargo, al salir de la ciudad, caminábamos cual si en aquel preciso momento hubiésemos dejado el campamento después de prolongado descanso. Los soldados marchaban firmes, resueltos, decididos: las filas estaban compactas y doquiera podía notarse una charla rumorosa, viva y animada. ¡Eran tantas las cosas que debían decirse!

III

A todo esto había cerrado la noche, y en consecuencia, se encendieron las linternas. Con la aparición de su luz volví en mi acuerdo, si así puede decirse; pues lo cierto es que hasta aquel momento, puesta la mente en Padua, no sabía darme cuenta de cosa alguna de las que tenía cerca de mí, y me hallaba en la situación del que despierta en el cuarto

de una fonda en que ha dormido por vez primera y no acierta á explicarse dónde se halla, ni cómo, ni por qué. Comencé, pues, á mirar á un lado y á otro, y á la débil claridad que despedían las linternas distinguí dos muchachos llevados de la mano por otros tantos soldados. Miré hacia el lado opuesto y ví otro. Dirigí á otras partes la mirada y pude observar á otros dos, y otros, y otros, pues eran muchos y todos iban acompañados por soldados, y hablaban en voz baja, y procuraban mantenerse ocultos en la sombra, á fin de no ser descubiertos por los oficiales, que acaso habrían dispuesto que inmediatamente fueran llevados á sus casas, ya que no era aquella hora á propósito para alejarse de la ciudad y tener en sobresalto á sus familias. Aquellos muchachuelos, en su mayor parte, según podía juzgarse por lo mísero y destrozado de sus vestidos, eran pordioseros; pero algunos había que pertenecían á familias más acomodadas, cosa que claramente revelaban su aspecto, su timidez y lo limpio y aseado de sus trajes. Al paso que íbamos adelantando, á cada diez ó doce pasos, deteníase alguno de ellos, y cambiado un apretón de manos ó un afectuoso saludo, se volvían por donde habían venido. Imposible expresar toda la dulzura, toda la efusión, el delicado sentimiento de melancolía que se revelaban en aquellas despedidas. Añádase á esto el acento particular del dialecto paduano, que se presta como pocos á la expresión de los afectos suaves; lo profundo de la emoción que experimentara hacía poco tiempo, y lo oscuro de la noche, y el silencio que iba creciendo en las filas... en suma, cada una de las palabras pronunciadas por aquellos rapaces penetraba hasta lo más profundo de mi corazón. Jamás olvidaré á uno de ellos que, despidiéndose y saludando uno por uno á todos los soldados con una vocecita trémula y afectuosa, verdadero testimonio de los sentimientos que agitaban su espíritu, decía: — *Dio ve salva, fioi, tuti!* (¡Dios os guarde á todos!) — Gracias, querido, — dije para mí; — ¡bendígate Dios

y te colme de cuantos bienes puedas desear; que te conserve siempre la vida de tu madre, y ojalá puedas gozar todos los días de la tuya una felicidad semejante á la que esta noche embarga mi alma! ¡Adiós, adiós!

Poquito á poco todos aquellos rapazuelos fueron regresando á sus casas, los más tímidos y pequeñitos primero, después los mayores, y con ello se difundió en el regimiento un silencio profundo, solamente interrumpido por el rumor de las pisadas, que revelaba cansancio y fatiga, y por el monótono tic tac de las conteras de las bayonetas chocando con las empuñaduras de los sables. Á todo esto el sueño se iba apoderando de la gente, que caminaba bamboleándose de uno á otro lado, empujándose violentamente, como hacen los beodos que marchan del brazo. Lo que es yo no podía con el sueño y me bamboleaba más que todos.

De pronto sentí un empujón en un brazo: volví la cabeza: era un muchacho.

— ¿Quién eres? — preguntéle deteniéndome, dominado por el sueño.

Dudó un momento, pues dormitaba también.

— Carluccio, — contestó al cabo en voz baja y temblorosa.

— ¿De dónde vienes?

— De Padua.

— ¿Y á dónde quieres ir?

— Con los soldados.

— ¡Con los soldados! ¿Y sabes tú dónde van los soldados?

No contestó. Yo continué:

— Ea, vuélvete á tu casa: te has alejado mucho, y á estas horas tu padre y tu madre estarán con gran cuidado por tu ausencia. Créeme: vuélvete á casa.

No contestó ni se movió poco ni mucho.

— ¿No quieres volver?

— No.

— ¿Por qué?

Callóse como antes.

— ¿Tienes sueño?

— Un poco...

— Dame la mano, pues.

Cogíle de la mano, alcancé mi compañía, que se había adelantado buen trecho, y considerando que el obligarle á retroceder por fuerza, teniendo que recorrer solo y de noche todo el camino, valía tanto como exponerlo á que pasara un miedo muy grande, determiné llevarlo conmigo hasta la etapa, convencido de que, llegado á ella, no había de faltarme algún medio para hacerle acompañar á la ciudad.

— Tenemos un recluta, — dije al pasar á uno de mis camaradas. Acercóseme, y como él otros que habían oído mis palabras; y mientras rodeaban al muchacho y me preguntaban quién era y dónde le había encontrado, oyóse el toque de *alto* dado por el corneta de órdenes, y el regimiento se detuvo. En tanto se rompían las filas y se echaban al suelo los soldados, arrastrando en pos de mí al pequeño fugitivo, seguido de mis compañeros, penetré en un pradecillo á la derecha del camino. Detuvímonos á unos diez pasos de la cuneta, apareció un soldado provisto de una linterna, formamos apretado círculo en derredor del muchacho, y acercando la linterna á su rostro, fijamos en él nuestras miradas.

Era muy bello, pero flaco y pálido, y en sus ojos, dos ojos hermosísimos, grandes y oscuros, se leía una viva expresión de intensa melancolía, por demás extraña en un niño de su edad, que no pasaba de fijo de los doce años. Hacían raro contraste con su aspecto gentil y delicado sus vestidos, sucios, desgarrados y andrajosos, consistentes en un sombrero de paja maltrecho y agujereado, un pañolito azul en derredor del cuello, una chaqueta de fustán que había sido hecha para individuo de más cuerpo, unos calzones que á duras penas le llegaban al tobillo, y unos zapatos muy grandes que se sostenían en sus pies merced á unos cordeles de esparto.

Y sin embargo, no tenía nada de desgarbado, antes bien era bastante gracioso, y pudimos observar, además, que llevaba anudado el pañuelo del cuello con cierto garbo, el pelo aliñado, y muy limpias y aseadas las manos, la cara y la camisa. Durante un largo rato le estuvimos contemplando en silencio. Mirábanos á todos, uno en pos de otro, con los ojos muy abiertos é inmóviles.

— ¿Pero no sabes que estás solo? — le pregunté.

Miróme fijamente y no respondió.

— Los demás muchachos ya se han ido, — le dijo uno de mis amigos, — ¿por qué no te has vuelto tú con ellos?

Y otro:

— ¿Qué es lo que quieres hacer aquí con nosotros? ¿Dónde quieres ir?

Miró primero al uno y luego al otro, siempre con ojos espantados, y después bajó la cabeza sin desplegar los labios.

— Hombre, dí algo, — manifestó uno de los nuestros, sacudiéndole ligeramente la espalda, — ¿eres mudo?

Y él callado, y con los ojos clavados en el suelo, firme y ensimismado que daba ira. Ensayé una nueva prueba: toméle la barba entre el pulgar y el índice, y levantándole suavemente la cabeza le pregunté:

— ¿Qué pensará tu madre al ver que no vuelves?

Levantó los ojos y me miró; pero no ya con aquella cara asombrada y estúpida de antes, sino con el entrecejo fruncido y la boca abierta, como si en aquel instante precisamente comenzara á comprender nuestras palabras y aguardara á que, continuando nuestro interrogatorio, le obligáramos á manifestar lo que no se sentía con fuerzas para decir.

— ¿Por qué has huído de tu casa? — preguntéle de nuevo.

Á semejante pregunta permaneció mudo durante un rato, después del cual prorrumpió en amargo llanto, y entre uno y otro sollozo murmuró:

— ¡Me... pegan!